

Reflexiones a los 15 años de *El Amor todo lo espera*

NUEVA VIDA PARA LA ESPERANZA

Por ALEXIS PESTANO FERNÁNDEZ

1. Introducción.

En 1993 Cuba atravesaba una profunda crisis económica, resultado de la abrupta alteración de sus relaciones comerciales tras la caída del socialismo europeo. Las dificultades en la economía tenían importantes repercusiones sociales y en su conjunto constituían un serio desafío para la vida nacional.

Es en estas complejas circunstancias que la Iglesia decidió expresar públicamente su visión sobre estos problemas y sus consideraciones acerca de las vías posibles para enfrentarlos. Se hizo conocer de esta forma el mensaje del episcopado cubano *El amor todo lo espera*, firmado el 8 de septiembre de 1993.

El mensaje, destinado a todos los cubanos, tanto dentro como fuera del país, al pueblo como a la autoridad civil, comenzaba con la identificación del referente religioso como el principal vínculo de unidad entre los naturales de la Isla, expresado en la valoración del amor, la paz y la familia. La Iglesia exponía inmediatamente después la supremacía del amor con respecto a los condicionamientos políticos e ideológicos, desde su convicción de que solamente el cambio de la persona humana basado en el amor constituía la solución de los males del ser humano.

El amor todo lo espera presentaba dos grandes ejes temáticos que recorrían todo el texto. En primer lugar, una evaluación de la condición de la nación mediante el análisis de las principales dificultades que a juicio del Episcopado era fuente de sufrimientos para la sociedad. En este sentido, se identificaban como tales la crisis económica, el deterioro cívico y moral y una concepción ideológica y política excluyente. Un segundo momento del mensaje lo constituían las soluciones que se proponían para las anteriores problemáticas. Más que ofrecer una serie de medidas o acciones para enfrentarlas, la Iglesia anunciaba una metodología para lograr lo que se proponía como el objetivo final de todo el mensaje, la revitalización de la esperanza para Cuba. Para esto, era necesario que la ideología cediera su espacio a la persona humana y se lograra una verdadera sociedad fraternal en la que todos los cubanos tuvieran oportunidad de aportar su contribución para la consecución del bien común. Los Obispos partían de la necesidad de una transformación moral como condición previa a la creación de estructuras más justas y solidarias.

Lamentablemente, el documento de mayor alcance y profundidad emitido por la Iglesia cubana desde la celebración del Encuentro Nacional Eclesial Cubano de 1986, donde sin erigirse en abanderados de ninguna posición ideológica ni política particular los Obispos cubanos expresaban su confianza en la vocación fraternal y de amor de Cuba, fue poco comprendido. Es obvio que no podía esperarse una plena coincidencia con la voz de la Iglesia, pero aun así pudo ser posible una recepción objetiva y desprejuiciada de lo expresado en el mensaje del 8 de septiembre de 1993.

La lectura de las críticas realizadas entonces al documento episcopal resulta una vía privilegiada para comprender la necesidad que la sociedad cubana tenía, y tiene todavía, de lograr el clima de comprensión y respeto mutuo que el mensaje propuso.

Son precisamente los excesos cometidos en aquella reacción los que validan a *El amor todo lo espera* y resultan de gran utilidad acercarse a ellos para desentrañar los móviles de la Iglesia cubana cuando se decidió, en escenario tan complejo, expresar sus consideraciones. Quince años después de la publicación del mensaje episcopal y en momentos de singular complejidad para la sociedad cubana, este esfuerzo es más que necesario.

2. El amor todo lo sufre.

Más allá de la violenta repercusión que tuvo *El amor todo lo espera* por medio de diferentes artículos divulgados en la prensa nacional y carentes en términos generales de un acercamiento objetivo al texto y a sus intenciones, uno de los pocos intentos serios de análisis del mensaje episcopal ha sido realizado por el estudioso cubano Aurelio Alonso. En particular, sus consideraciones ofrecidas en el volumen de ensayos *Iglesia y política en Cuba*, resultan de particular interés y no deja de ser provechoso reproducir aquí las conclusiones del trabajo titulado *La reacción de la Iglesia ante el colapso del socialismo*:

“En su trazado [de las líneas de la política social de la Iglesia a partir de *El amor todo lo espera*], rectifica niveles de concertación previos con el proyecto revolucionario, obvia el significado y el peso de la hostilidad norteamericana, omite reconocimientos a avances incuestionables en apertura y flexibilidad, y busca créditos para una eventual alternativa al proyecto nacional, que incluya como actores

políticos al exilio y a una oposición interna, más potencial que real.” (Alonso, 2002:55)

Son estos aspectos los que el autor considera caracterizan el mensaje de los Obispos. Es necesario, por lo tanto, abordar con detenimiento cada uno de ellos.

a) Rectificación de niveles de concertación previos con el proyecto revolucionario.

En primer lugar, se plantea que en su mensaje del 8 de septiembre de 1993, la jerarquía católica cubana rectificó niveles de concertación previos con el proyecto revolucionario. Para demostrar esta afirmación, el autor contrasta lo expresado en el Documento Final (DF) del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, celebrado en 1986, con *El amor todo lo espera* (ATE). En este sentido, el primero de estos documentos estaría “marcado por el acomodo de otrora en relación con el proyecto socialista cubano” (Alonso, 2002:39), mientras el segundo se caracterizaría por “la redefinición de un desafío alternativo, centrado en el reclamo de la aceptación incondicional del exilio y de las expresiones, reales y potenciales, de una oposición interior (...)” (Ídem).

Sin embargo, la lectura detallada de ambos textos no parece sustentar esa conclusión. Ante todo, es necesario señalar que la Iglesia, en virtud de su misión específicamente religiosa, no intenta acercarse ni alejarse de ningún proyecto político o ideológico concreto. En este punto, tanto en 1986 como en 1993 la Iglesia explicita una postura sostenida. Así, en el ENEC se expresaba que:

“La fe cristiana, que no es una ideología en sí misma, puede vivirse en cualquier sistema político o proceso histórico sin identificarse necesaria y totalmente con ninguno de ellos.” (DF, 419) mientras que en *El amor todo lo espera* los obispos precisaban que no se identificaban “(...) con ningún partido, agrupación política o ideología, porque la fe no es una ideología, aunque éstas no le son indiferentes a la Iglesia en cuanto su contenido ético (...) Hablamos, pues, sin compromisos y sin presión de nadie” (ATE, 19).

Es precisamente la convicción de responder a una verdad última de carácter trascendental y suprahistórico lo que le otorga a la Iglesia una amplia libertad frente a las diferentes propuestas de redención intrahistórica que reclaman incondicionalidades a la larga esclavizantes. Sin embargo, como “lo específicamente religioso cristiano tiene siempre una dimensión social y política” (DF, 420), esa libertad no implica una indiferencia ante tales propuestas: “la Iglesia puede y debe dar su juicio moral sobre todo aquello que sea humano o inhumano, en el respeto siempre de las autonomías propias de cada esfera” (ATE, 19).

“Para llevar a cabo esta importante misión, la Iglesia asume una actitud de libertad crítica frente a las distintas realizaciones históricas y sirve a la intercomunicación de los pueblos y de las distintas soluciones socio-políticas (...)” (DF, 434).

En sentido estricto, la Iglesia no establece ni rectifica niveles de concertación con proyectos políticos en sí mismos, más bien discierne en los diferentes esquemas axiológicos que proponen todo aquello que pueda favorecer o atentar contra el único valor fundamental: la persona humana. Por esta razón, la única “concertación” posible tiene lugar en el ámbito de los valores que un proyecto determinado afirme defender, en la medida en que estos se aproximen a la antropología cristiana.

Una vez precisadas las bases en las cuales descansa la Iglesia en su diálogo con las propuestas políticas, se impone entonces atender a la propia definición del proyecto revolucionario cubano, según es entendido por el movimiento político triunfante en enero de 1959 y que ha marcado la vida pública nacional desde entonces hasta la actualidad. De acuerdo con el V Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en 1997, en uno de sus documentos conclusivos titulado *El Partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos que defendemos*, la Revolución Cubana se define como continuación y realización de una línea revolucionaria continua a lo largo de la historia nacional, caracterizada por dos ejes centrales: la independencia y soberanía nacional y la justicia social.

Más recientemente, Fidel Castro ha resumido estos dos principios al afirmar que la Revolución es libertad e igualdad plenas. En consecuencia, a partir de estas expresiones autorizadas es posible establecer que, en el discurso político oficial, el proyecto revolucionario consiste en una sociedad donde se logre para la nación cubana y para las personas que la componen una verdadera liberación de todas las opresiones internas y externas, obtenida en una sociedad justa y solidaria.

Si el paradigma revolucionario cubano consiste en un sistema socialista que se proponga como valores básicos la libertad, la justicia y la solidaridad, y que pretenda alcanzarlos en el mayor nivel posible, no se explicaría entonces una “continuidad de la vieja exclusión del paradigma revolucionario” (Alonso, 2002:55) en *El amor todo lo espera* por parte de una Iglesia que predica similares valores.

“La persona humana, en la integralidad de sus características materiales y espirituales, es el valor primero y, por lo tanto, el desarrollo de una sociedad se alcanza cuando ésta es capaz de producir mejores personas, no mejores cosas: cuando se mira más a las personas que a las ideas; cuando el hombre es definido por lo que es, no por lo que piensa o tiene” (ATE, 52).

En efecto, no la hay. No se encuentra en el mensaje del día de la Virgen de la Caridad del Cobre de 1993, ningún rechazo a la validez de los principios humanistas y sociales en los cuales afirma sostenerse la Revolución Cubana y que ya se había asegurado en el Documento Final del ENEC. En realidad, ni siquiera se mencionaron directamente porque ya habían sido precisados claramente en 1986 al constatar, primero, los esfuerzos de la sociedad cubana por los derechos sociales (DF, 170) y, posteriormente, los aportes de la sociedad socialista a la fe cristiana (DF, 428-432); ahora ya estos valores se daban por sentado. *El amor todo lo espera* de hecho reclamó una autenticidad en el ejercicio de esos valores y su actualización en las nuevas circunstancias por las que atravesó el país en 1993.

Si bien es cierto que la Iglesia en el ENEC había rechazado presentarse a la sociedad civil “como una especie de alto tribunal que juzga y enumera lo malo y lo bueno” (DF, 177), no renunciaba a su misión de “servidora y maestra de la verdad y de la justicia en el amor” (Idem), por lo que hacía un llamado de atención a los males de orden moral que afectaban a la Nación en 1986:

“(…) nos preocupan en particular (…) la doblez, la mentira, el fraude, el robo y la falta de cuidado en la propiedad social, la irresponsabilidad laboral, el aborto, el desenfreno en la vida sexual y los excesos en el consumo de bebidas alcohólicas.” (DF, 435)

En 1993, estos males se habían profundizado por el impacto económico que representó para Cuba la caída del campo socialista eurosoviético, donde estaban ubicadas casi la totalidad de las relaciones comerciales de la Isla. Así, los Obispos en este momento señalan la permanencia de los problemas detectados con anterioridad, agravados por un clima de tensión que la nueva situación del país había generado y que repercutía con fuerza en la pérdida de valores fundamentales de la cultura cubana. Pero la crisis del socialismo en Europa del Este y la URSS no sólo tuvo para Cuba implicaciones socioeconómicas.

La pérdida del referente identitario supranacional aportado por la concepción marxista del internacionalismo proletario, tuvo su expresión interna en un reajuste del capital simbólico de la Revolución Cubana. La consideración de que la misión y objetivos de la clase obrera trascendían las fronteras nacionales, ya que el móvil de la historia lo constituía la lucha de clases, así como las pretensiones globalizantes de la teoría marxista de la revolución social, conducían a una subordinación de lo nacional a intereses superiores. La desaparición abrupta del proyecto socialista mundial y la consiguiente ruptura con tales intereses superiores llevó a un proceso de introspección en el ideal revolucionario cubano con una profundización en la herencia histórica como principal elemento legitimador de la Revolución.

La obtención del poder revolucionario en 1959 se entendía ahora, como ya se ha visto, como la consecución de un anhelo latente a lo largo del devenir histórico cubano, como el cumplimiento de un destino inexorable, teleológico. Las manifestaciones de este proceso fueron múltiples y una de sus principales estuvo en el intento oficial de reconciliación con el pasado, especialmente con el que había sido largamente proscrito.

Era pues el proyecto revolucionario quien iniciaba con el llamado Período Especial una profunda rectificación de sus concertaciones previas con la historia nacional, cuando a Cuba nuevamente se le presentaba una oportunidad única de absoluta independencia, libre de toda influencia de poderes extranjeros. Esta amplia revisión, desde sus vértices económico, social y político-ideológico que en el presente se encuentra en una etapa decisiva, ha constituido el principal momento de reajustes y redefiniciones, donde se ha intentado distinguir lo realmente autóctono, lo propio, lo que está en relación con la tradición cívica, social y política cubana, de lo importado de experiencias ajenas y desacertadas.

En este contexto, *El amor todo lo espera* fue la contribución de la Iglesia a tan importante proceso. Al hacerlo, no intentaba tomar distancia de aquellas aspiraciones que en el ENEC había asegurado compartir con la sociedad socialista. Al contrario, llamaba la atención sobre aspectos a su juicio necesarios para la realización definitiva de dichas aspiraciones, cuando el país se hallaba libre de presiones externas que anteriormente obstaculizaban su pleno despliegue.

“En la historia de este siglo y fines del pasado hemos tenido la triste experiencia de las intervenciones extranjeras en nuestros asuntos nacionales. En nuestra historia más reciente nos ha sucedido lo mismo. Frente a algunas realidades negativas que nos legaron anteriores gobiernos, acudimos a buscar la solución de esos problemas donde no se originaron los mismos y con quienes desconocían nuestra realidad por encontrarse lejos de nuestra área geográfica y ajenos a nuestra tradición cultural. (...) No es de extrañar ahora que algunos de nuestros obstáculos presentes provengan de esa estrecha dependencia que nos llevó a copiar estructuras y modelos de comportamiento (...)” (ATE, 22-23).

Aceptando la realidad sociopolítica nacional, e incluso sintiéndose parte de ella -como expresa claramente el documento cuando usa el término **nuestro** para identificar el sistema vigente en el país (ATE, 67)- los Obispos proponían una metodología para garantizar una efectiva justicia social sustentada en al menos dos elementos principales: el diálogo nacional entre todos los cubanos, tanto dentro como fuera del país (ATE, 58-68), con lo que se lograría una verdadera inclusión social que supere las exclusiones y limitaciones anteriores y una participación libre, activa y consciente en la búsqueda de las necesarias soluciones (ATE, 35).

Pero para alcanzar tales metas, *El amor todo lo espera* apuntaba una condición previa. Era necesario que los valores fundamentales de la sociedad cubana que se mencionaban con anterioridad se desideologizaran y se llenaran de un contenido ético, lo que además de cerrarle el paso a toda exclusión injusta, acrecentaría el interés de participación de todos. De esta manera, la Patria, el Estado y Cuba, no serían consignas, sino valores profundos del alma nacional que superarían visiones reduccionistas y dolorosas discriminaciones (ATE, 44-50).

Todo lo expuesto hasta aquí permite afirmar que la jerarquía católica no actuó de manera oportunista en su mensaje de 1993, para cambiar un acercamiento anterior al proyecto revolucionario cuando éste atravesaba momentos críticos y no previstos.

En realidad, la Iglesia, representada por la jerarquía, alzó su voz en el momento oportuno de transformaciones forzadas de la realidad nacional, para compartir su visión de cómo aprovechar las circunstancias presentes para superar definitivamente las limitaciones y frustraciones que había experimentado el propio proyecto revolucionario en el período precedente. La Iglesia ponía así toda su vasta

experiencia social a disposición de un avance cualitativo de la sociedad cubana que debía y podía realizar la propia Revolución.

“Aun la misma concepción dialéctica y antidogmática con que se autodefine el marxismo favorece la búsqueda incesante de caminos nuevos para la solución de los problemas mediante cambios que impidan que el país permanezca encerrado en sí mismo y que impliquen una transformación profunda en las actitudes” (ATE, 55).

b) No consideración del significado y el peso de la hostilidad norteamericana.

En un segundo momento, se plantea en este análisis que la Iglesia con *El amor todo lo espera* ha obviado el significado y el peso de la hostilidad norteamericana como factor de presión en la realidad interna cubana.

Sin embargo, esta apreciación parece contradecir el propio texto del mensaje, ya que cuando los obispos enumeraban las causas del deterioro económico del país incluían “el embargo norteamericano, potenciado ahora por la ley Torricelli” (ATE, 32). Esta inclusión es altamente significativa puesto que entre las muchas razones de todo orden que podían explicar las dificultades por las que atravesaba la economía cubana del momento, el episcopado consignaba solamente cuatro y entre ellas, la posición norteamericana.

Solo con esta oración quedaría suficientemente claro el significado y el peso que *El amor todo lo espera* le otorga a la presión ejercida por el país norteño. Pero los Obispos no solamente tomaban en cuenta esta presión, sino que expresaban su postura ante la misma:

“Los Obispos de Cuba rechazamos cualquier tipo de medida que, pretendiendo sancionar al gobierno cubano, contribuya a aumentar las dificultades de nuestro pueblo. Esto lo hicimos, en su momento, con respecto al embargo norteamericano y, recientemente, con la llamada ley Torricelli; además realizamos otras gestiones históricas personalmente con la Administración Norteamericana con vistas a la supresión del embargo, al menos en relación con los medicamentos. Procurábamos también con esos gestos que se dieran pasos positivos para solucionar las dificultades entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba.” (ATE, 33).

Realmente, esta actitud de los Obispos católicos difería de la asumida por la Conferencia de la Iglesia Metodista, como bien señala Aurelio Alonso en su texto, pero por ser mucho más activa y eficaz. Su discurso no se limitaba sólo a condenar con una retórica exaltada y vacía, sino tomaba acciones concretas de solución, como mejor convenía a los intereses del pueblo cubano.

c) La búsqueda de créditos para una eventual alternativa al proyecto nacional.

Finalmente, Aurelio Alonso se detiene en los objetivos o fines que se propuso la Iglesia con su mensaje de septiembre de 1993, al apuntar que con el mismo trataba de buscar créditos para una eventual alternativa al proyecto nacional que incluyera como actores políticos al exilio y a una oposición interna. Esta es, con mucho, la acusación más grave que se le hace a la Iglesia en el análisis y al mismo tiempo uno de los enjuiciamientos más críticos que ha recibido el episcopado desde 1959.

Por una parte, en relación con el propósito de *El amor todo lo espera*, el texto del destacado sociólogo y politólogo vincula el mensaje de los Obispos a un intento de vertebrar una alternativa al proyecto nacional. No es difícil comprender las profundas implicaciones que comporta semejante afirmación.

El proyecto nacional cubano, iniciado a finales del siglo XVIII y aun hoy en proceso de consolidación, consiste en la afirmación de la Nación cubana frente a la presencia constante del otro en su historia.

La única alternativa posible entonces al proyecto nacional cubano es la negación de la independencia nacional, la anexión. ¿Cuáles son los argumentos que permiten definir a *El amor todo lo espera* como un documento anexionista? ¿Cómo es posible afirmar esto cuando existe un claro y sostenido discurso nacional en la Iglesia cubana desde los inicios de la vida republicana? Los Obispos usan en numerosas ocasiones los términos nación, patria, nacionales, al tiempo que el centro de todo el mensaje es el llamado a los cubanos a solucionar por sí mismos sus dificultades.

“¿Por qué, en fin, no intentar resolver nuestros problemas, junto con todos los cubanos, desde nuestra perspectiva nacional, sin que nadie pretenda erigirse en único defensor de nuestros intereses o en árbitro de nuestros problemas, con soluciones en las que, a veces, tal parece que los únicos que pierden son los nacionales?” (ATE, 28).

Sólo con estas líneas queda manifiesto cuán lejos está la Iglesia de pretender una alternativa al proyecto nacional cubano.

El único origen que puede tener una afirmación tal está precisamente en la identificación entre la Nación cubana y una realidad política específica en la que toda alternativa a esa realidad política es entendida como una alternativa a la Nación. Una realidad política que además no ha podido alcanzar el universo del proyecto revolucionario en la historia patria, como se analizaba anteriormente, sino sólo una realidad parcial de ese proyecto.

Este enfoque reduccionista es el lógico resultado del imperio de la ideología excluyente contra el que se levantaban los obispos en su mensaje. En realidad, *El amor todo lo espera* está en el centro del verdadero proyecto nacional cubano, soñado por el padre Félix Varela, defendido por los ordenamientos jurídicos de la manigua y sancionado de forma definitiva por José Martí: una patria con todos y para todos los cubanos.

De otro lado, no son solamente los fines del mensaje los cuestionados, sino la propia intención de la Iglesia.

En efecto, se presenta una Iglesia que busca ganar créditos para “asegurar” una posición en un probable futuro. En este sentido, se plantea que en el párrafo donde se defendía el derecho de participación en la vida nacional de los cubanos que vivían fuera de Cuba (ATE, 26), se encontraba el *quid pro quo* del documento.

Esta frase latina significa lo que se espera obtener de una acción, así que la Iglesia en 1993 incorporaba a su discurso la voz de los cubanos exiliados con la intención de procurar en ellos un respaldo para el inminente porvenir de la Isla. *El amor todo lo espera* sería entonces una inteligente inversión.

Sin entrar a considerar la buena fe con la que pudo haber sido afirmado esto, lo menos que se puede señalar es que evidencia una total incompreensión del mensaje del 8 de septiembre de 1993 y la actuación de la Iglesia en general.

La única intención de la Iglesia en *El amor todo lo espera* era anunciar que en Cuba era posible encontrar un verdadero camino hacia una paz social definitiva (ATE, 80), lo que sólo sería posible por una revitalización de la esperanza (ATE, 81) de todos los cubanos, “con una gran voluntad de servicio pero no sin una gran voluntad de sacrificio” (Ídem).

“A todos ustedes queremos decirles una palabra de aliento: la sensatez puede triunfar, que la fraternidad puede ser mayor que las barreras levantadas, que el primer cambio que se necesita en Cuba es el de los corazones y nosotros tenemos puesta nuestra esperanza en Dios que puede cambiar los corazones” (ATE, 74).

Este cambio de corazones para lograr en Cuba -es necesario insistir en ello- la realización verdadera del proyecto revolucionario y nacional cubano implicaba, entre otras muchas cosas, la curación de las heridas provocadas por la emigración.

No se podía proponer la regeneración nacional como lo hacía *El amor todo lo espera* sin invitar a ella a tantos cubanos alejados por disímiles razones, no todos por su voluntad, de Cuba.

Era un paso imprescindible para conseguir la inclusión social que ya se ha señalado como uno de los ejes del mensaje episcopal. Ese era el único motivo para que se pidiera la participación de los cubanos de la diáspora. No se trataba de asignar ningún pago a nadie, se trataba de algo tan simple y a la vez tan complejo como la justicia.

3. *El amor todo lo espera.*

No era sin dudas fácil emprender el camino del diálogo en momentos en que los posibles interlocutores sólo veían en él la traición a sus propias definiciones.

Arduo era el sendero de la concordia donde tanto odio, suspicacias y temor habían crecido a lo largo del tiempo. La Iglesia sabía esto en 1993, pero también sabía que había una fuerza superior a todo esto, capaz de engendrar la maravilla.

Y desde la firmeza de su fe en ella, en Dios que la creaba continuamente y en la persona humana, llamada a vivir por ella, abandonó el silencio para proclamar a todos el mensaje de salvación.

Eso fue mensaje del 8 de septiembre de 1993, anuncio de salvación. El pecado original del alma cubana -la negación de nuestra vocación a la fraternidad- debía y podía ser redimido. Era posible porque Cuba está llamada al amor, y el amor todo lo espera.

Para suscribirse al *Suplemento Digital*, enviar su e-mail a:

espaciolaical@arzhabana.co.cu

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org,
y adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso)
e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

CRÉDITOS: [Equipo de redacción](#): José Ramón Pérez, Roberto Veiga y Lenier González. // [Diseño](#): Ballate-ManRoval